

LÓPEZ, Maite, *Deseos*, Edicast, Madrid 2010. Rf CD-0283–D.L. M-17616-2010– SGAE.

Tras el éxito de «*Amarás*», Maite López presentó hace unos meses su segundo CD, «*Deseos*», como un trabajo que prolonga en cierta man-

era el primero, al mismo tiempo que explora nuevos ámbitos, tanto musicales como temáticos. En *Amarás*, grabado en los estudios Santafé, de

sal terrae

la mano de David Santafé, Javi Peña y Juanjo Melero, nos ofrecía un disco fundamentalmente melódico, muy profundo, pivotando alrededor de un tema-eje central: el Amor. En su segundo disco, *Deseos*, su música da un giro más acústico, marcado por los magníficos arreglos y la guitarra de Juan Cerro.

Estamos ante un trabajo muy cuidado hasta en los más mínimos detalles. Desde el creativo, sugerente y bien logrado diseño (y maquetación) de Nacho García Casarrubios, hasta, una por una, las grabaciones de cada canción, la elección del orden de aparición de los temas, la instrumentación, el libreto, etc. Se trata además, en este caso, de una «autoproducción», con lo que ello significa de trabajo adicional, de riesgos asumidos, pero al mismo tiempo de apuesta por la aventura musical, de búsqueda de nuevas experiencias, de compromiso con la propia obra hasta el final.

En este CD se esconde mucha vida, historias concretas personales, experiencias de encuentros, ganas de comunicar sentimientos..., pero, sobre todo, una apuesta importante por mostrar y demostrar hasta qué punto la música puede ser un medio de expresión de la fe y un lenguaje oportuno para su transmisión, hoy como ayer. Porque hoy como ayer la belleza de la música se transmuta en im-

petu comunicativo, misterioso y al mismo tiempo universal. De hecho, la «música forma parte de todas las culturas y, podríamos decir, acompaña toda experiencia humana, desde el dolor hasta el placer, desde el odio hasta el amor, desde la tristeza hasta a la gloria, desde la muerte hasta la vida... Vemos cómo, a lo largo de los siglos y los milenios, la música ha sido siempre utilizada para dar forma a lo que no se logra decir con las palabras, porque suscita emociones de otra manera difícilmente comunicables. No es de extrañar que todas las civilizaciones hayan dado importancia y valor a la música en sus distintas formas y expresiones. La música ensancha el espíritu, suscita sentimientos profundos e invita casi naturalmente a elevar la mente y el corazón a Dios en todas las situaciones, sean gozosas o tristes, de la existencia humana. *La música puede convertirse en oración*»¹.

Esto es lo que hace Maite en este CD: convertir la música en oración, a veces callada, tímida, balbuceante...; otras, hecha grito, risa y danza... Mostrando cómo la música es mucho más que una mera técnica expresiva con la que se articulan los sonidos, más aún que el mero arte de los sonidos. La música, sin dejar de ser todo eso, es revelación al ser humano de la realidad divina, de la armonía del universo y de su principio cósmico².

-
1. BENEDICTO XVI, 17 octubre 2009, tras el concierto ofrecido en el aula Pablo VI por la Academia pianística internacional de Imola; recogido en *La voz del papa*, V, 45 (2009)
 2. Los subrayados son nuestros.

En un estilo musical muy adaptado a nuestro tiempo, en un registro que va desde la balada hasta el ritmo latino o el folk, la buena recepción que tienen las canciones de Maite López son un signo claro de hasta qué punto la música sigue siendo –como lo ha sido siempre– una fiel aliada de la palabra para la transmisión de la fe. En una sociedad como la nuestra, en la que la palabra ha caído en descrédito, en la que las imágenes y los discursos, llenos de ambigüedad y tantas veces tan faltos de verdad, bombardean constantemente nuestra existencia..., la música nos alcanza sin apenas darnos tiempo a tomar precauciones y nos conduce misteriosamente hacia donde no pensábamos. Esa música que en tantas ocasiones parece aislarnos del mundo, escondidos bajo unos auriculares, pero que también es capaz de despertar el fuego de nuestra interioridad, de tocar lo más íntimo de nuestra existencia y de convocar masas, propiciando encuentros sorprendentes e inesperados... y llevándonos misteriosamente a Dios al corazón humano.

Todo esto es *Deseos*. Pero quisiera detenerme un poco más en esta palabra, que me parece que es mucho más que un simple nombre para un CD o para el tema inicial del mismo, aun cuando este funcione en este trabajo como una especie de

obertura al gran espectáculo de los «deseos» que, en sus diversas dimensiones, hacen su aparición en cada una de las canciones. El «deseo» es como ese hilo de Ariadna capaz de guiarnos y conducirnos a través de la oferta musical de este disco.

Deseos

En una cultura como la nuestra, una cultura del deseo... un trabajo musical con este título, «*Deseos*», podría parecer una maniobra oportunista. Sin embargo, el nombre de este CD y la intencionalidad de la autora nos permiten adentrarnos en un universo de realidad mucho más amplio y, sobre todo, mucho más profundo que el de los pequeños deseos, canijos, estrechos, necesitados de inmediata satisfacción, con que día y noche nos bombardean los medios de comunicación, que constantemente llaman a la puerta de nuestros sentidos y nuestra imaginación, tratando de «hacerse con nosotros» y transformar en *necesidad* lo que tal vez en su origen sólo era una apetencia, o convertirnos en los seres más desgraciados del planeta, tan solo porque aquel coche, aquel viaje, aquel electrodoméstico, aquellos pantalones..., que hace una hora ni sabía que existían, no pueden ser míos... ¡ya!

Deseos... sí, deseos. ¡Pero no los minusvaloremos! ¡Qué fuertes pueden llegar a ser los deseos...! ¡Qué

divino del cosmos. Más tarde, Plotino considerará la música como uno de los caminos para llegar a Dios. Después, San Agustín hablará del paso de la música de la fase de la sensibilidad (en la que se ocupa de los sonidos) a la fase de la razón (en la que resulta ser contemplación de la armonía divina).

capacidad de concentrar en ellos toda nuestra atención, todo nuestro pensamiento, todos nuestros sentidos, todas nuestras aspiraciones, esperanzas y sueños...! *Deseos*... ¿Dónde radica vuestro poder? ¿Dónde nace vuestra fuerza?

En el fondo, el buen marketing publicitario encargado de despertar nuestros «deseos» y convertirlos en una necesidad apremiante consigue su objetivo, pero al mismo tiempo destroza su real potencial. Les corta las alas y los consume antes de que puedan desplegarse, crecer, madurar, ensancharse..., convertirse en sólidas rocas que sostienen las dificultades del camino, en esa energía que es impulso y fuerza contra cualquier viento en contra, en dinamismos creativos que se metamorfosean en busca de nuevas posibilidades y caminos que les conduzcan más allá, más cerca de aquello que es el verdadero objeto del deseo.

Pero ¿qué son los deseos? ¿No es tal vez un concepto demasiado ambiguo? ¿No es peligroso? ¿No sería mejor liberarnos de ellos, de su riesgo, de las pasiones y sufrimientos que pueden acarrearlos? La palabra griega *epithymía* pone de relieve la fuerza del deseo y su versatilidad para el pecado y para la salvación. La raíz griega que está detrás, *thymós*, posee un fuerte radical antropológico. Según el *Greek-English Lexicon*³, se refiere a todo el fondo pa-

sional de la persona, sin indicar expresamente la dirección por la que tal fondo se orienta. Tal vez por esta razón, la autora de *Deseos* ha querido aprovechar la fuerza positiva y salvífica de los deseos, rescatarlos del terreno de la ambigüedad, cribarlos de pseudodeseos y convertirlos en los protagonistas de su disco, acogéndolos e invirtiendo su energía en la apasionante tarea de transmitir la experiencia de fe.

Deseos que mueven el mundo

De hecho, en una entrevista realizada para *Religión Digital* con ocasión de la presentación del disco, al ser interrogada acerca de los motivos del nombre de su CD, ella misma explica: «Porque *los deseos mueven el mundo, y si no tienes deseos, estás muerto*. Hay algunos por los que merece la pena luchar»⁴.

Se trata, pues, de seguir la pista a los deseos más profundos, más verdaderos, a aquellos que son capaces de dar sabor y sabiduría a la vida, aquellos que le dan profundidad y horizonte, porque fundan esperanzas de largo alcance, esperanzas que no se detienen en la primera dificultad. Se trata de desvelar cómo, al entrar en contacto con nuestros deseos más profundos y verdaderos, tocamos lo más real y profundo de nosotros mismos. Y éste es un espacio privilegiado para permitir que Dios salga a nuestro encuentro. No para robarnos

3. H.G. LIDDELL, R. SCOTT Y H. STUART JONES, *A Greek-English Lexicon* (Oxford 1996).

4. <http://www.periodistadigital.com/religion/musica/2010/05/07/los-deseos-mueven-el-mundo-merece-la-pena-luchar-por-ellos.shtml>

nuestros deseos, no para disolverlos ni deshacerlos, sino para hacer de ellos «cimiento y viento» en nuestras vidas. *Cimiento*, porque en este encuentro se nos desvela el sueño de Dios para cada uno de nosotros y, en él, nuestra verdadera identidad, lo que funda nuestra existencia. Pero lo más sorprendente es que en este deseo podemos reconocer nuestro deseo, aquello que realmente siempre buscamos..., y entonces el deseo se convierte en una fuerza imparable, la que nace de este encuentro de deseos, la que nace del descubrirse habitando el sueño de Dios, la que nace del no poder desear ya sino lo que Él desea.

¡Bienvenidos seáis, deseos míos!

Creo percibir que este es el gran reto de «*Deseos*». Por esta razón, el disco comienza a sonar dando la bienvenida a los deseos, con la alegría de quien ha sentido del deseo de Dios sobre sí, lo ha reconocido como propio y, marcado por ese fuego, ya no podrá sino encauzar hacia él todos sus deseos.

El deseo lanza, conecta con nuestros anhelos, esperanzas y sueños... nos empuja hacia delante, pero no menos abraza lo que vamos dejando atrás. Los deseos se construyen y se sostienen también de *memorias*. Tal vez por eso, detrás de este disco sea posible descubrir muchas historias, mucha vida, así como muchas ganas de comunicar lo vivido, lo aguardado y el presente concreto en el que estos deseos se encarnan y toman rostros concretos, a través de la composición y del canto. Toda esta historia queda reflejada en

este CD. Deseos de antaño, deseos de hoy, deseos que acompañan como un horizonte siempre presente, o como estrellas que guían en el camino. Así se dan cita canciones antiguas –*Rema mar adentro*; *Tomad, Señor*; *Vuestra soy*; *Dulce huésped*–, y canciones nuevas... Todas ellas emergiendo desde la experiencia de fe. Todas ellas apuntando hacia un más: más allá, más adentro..., porque los deseos siempre abren horizontes, siempre amplían la mirada descubriéndonos rutas nuevas. ¡Qué bien se percibe este tirón en *Rema mar adentro*...!

En esta aventura de acoger, reconocer, cuidar y potenciar los más verdaderos deseos, no estamos solos. Cristo «viene con nosotros y maneja el timón», pero además hay otros hombres y mujeres que nos han precedido en esta tarea de desear, cuyas figuras emergen también en nuestro horizonte como guías y ejemplos. Por eso, en este CD Maite pone música a los textos de dos «*gigantes del deseo*» de la tradición cristiana: Ignacio de Loyola y Teresa de Jesús. Se trata de los temas «*Tomad, Señor*» y «*Vuestra soy*», respectivamente. El primer texto, el *suscipe*, ha sido extraído de la *Contemplación para alcanzar amor* del libro de los *Ejercicios* de Ignacio. Los *Ejercicios* son, sin duda, una verdadera escuela del deseo: del deseo de Dios, del deseo originario, del principio y fundamento de todo deseo. De ahí que el tema culmine con esta invitación a poner en las manos del Señor nuestros sueños y deseos, nuestra libertad y nuestra historia,

con la certeza de que nuestros deseos son suyos, y sólo siendo suyos son verdaderamente nuestros y únicamente en él plenificables.

Y junto a Ignacio, un espacio importante para una mujer, Teresa de Jesús, y un texto clásico de la mística española, «*Vuestra soy*». La música de este tema me parece especialmente lograda. Introduce cadencias que nos trasladan a otra época, y se crece, tanto con los arreglos como con la brillante interpretación del instrumental. La voz nítida de Maite nos brinda así una melodía que canta la disponibilidad extrema de esta mujer que se expone a la acción de la gracia en espera de que el deseo divino la envuelva y disponga real y plenamente de ella: «*¿Qué mandáis hacer de mí?*». Todo, absolutamente todo, se torna relativo; todo es susceptible de ser integrado y vivido como parte de ese solo y único deseo que le resta, teñido de la certeza gozosa de la pertenencia: «*¿Qué mandáis hacer de mí?*». En el fondo, los dos místicos se encuentran en este anhelo común y profundísimo de *disponibilidad*.

Con este mismo fondo habría que oír también los temas «*No me canso de ti*», posiblemente en el que mejor puede captarse esa doble dimensión de viento y fundamento del deseo; «*María peregrina*», la mujer del «Hágase»; o el tema inspirado en el texto de Job: «*Desnudo*».

El amor, fuente del deseo

Deseos gigantes que sólo el amor puede explicar. Es el amor el origen y es también el fin. Amor a Cristo y a su proyecto. Pero no se trata tan sólo

de pretender configurar nuestro deseo con el de Jesús, porque eso nos pondría simplemente ante un mero imperativo ético, con su peso de «deber» y obligación; y los deseos no funcionan así. Se trata más bien de descubrir que lo que, en verdad y en el fondo de mi ser, anhelo como más realizador para mi existencia, como más plenificador de mi esencia humana, es aquello que Dios ha deseado desde siempre para mí. Descubrir ese deseo que Él ha puesto en mí, su deseo que es ya mío y lo que más me consumará a su imagen, a imagen del amor, de su amor. Ese amor que tan magistralmente describió Pablo en 1 Co 13 y al que Maite canta en el tema «*El amor*» y que concretará, desde su propia experiencia humano-espiritual del amor reparador, en otro tema: «*Sobredosis de ternura*».

Solo naciendo del amor y sostenidos por el amor, los deseos se fortalecen, resisten las dificultades, soportan con alegría los contratiempos y no se arrugan, sino que se dilatan más y más, incorporando el dolor, la carencia, el sufrimiento... como algo propio, que no los ensombrece, sino los ensancha, los fecunda y hace recios.

Deseos que se hacen danza

Deseos que no se esfuman, que no desaparecen en la nada. Deseos que permanecen, vitalizan, y regalan esperanza. Deseos del agua viva que salta hacia la vida, deseos de saciar la sed y el hambre de justicia. Deseos alentados por el Espíritu, el *Dulce huésped* de la preciosa versión de la *Secuencia* que se nos ofrece en este disco, y que despierta el

deseo del alimento que renueva, transforma y sacia. Deseo de vida entregada, deseo de Eucaristía. Deseo de participar en su Cuerpo, en su vida, misión y destino. Deseo que se hace danza, fiesta y brindis. Locura del amor... viento, espíritu, promesa, gozo compartido, ¡tanta sobreabundancia a partir de tan poco! Deseo que estalla en grito y que quiere entrar también en el ritmo de la sangre derramada y del pan partido: «*Emborráchame de ti*», un tema seductor por su ritmo latino, por su música sencilla, alegre y envolvente, y por su apuesta festivo-eucarística.

Deseos con otros, deseos por otros

Maite comparte en este disco mucha experiencia: experiencia de fe y experiencia humana, experiencia eclesial-comunitaria, experiencia de familia, experiencia solidaria. Y es que la propia dinámica interna de los deseos no permite mantenerlos encerrados en el caparazón de la propia individualidad. Los deseos siempre claman por salir, por ir más allá, por alcanzar a otros. La «prueba del algodón» de los deseos, el criterio definitivo de discernimiento, siempre son los otros. Los deseos enraizados en un yo autárquico y solitario terminan tarde o temprano revelándose como «falsos deseos», ahogándose en el ensimismamiento, secándose de infertilidad... Los deseos sólo crecen, se sostienen y se realizan cuando se conjugan en plural. Cuanto más universales, tanto más profundos y verdaderos. Cuanto más se concretan en praxis históricas comprometidas con aquellos que son los

«menos deseables» de nuestro mundo, tanto más fecundos y verdaderos se demuestran. Por esta razón no podía faltar en *Deseos* un tema como «*Sin techo*», que llama a la puerta de nuestros deseos invitándonos a abrir un espacio para «el otro», en particular para quien vive sin hogar. Un tema que nos recuerda que el Dios de Jesucristo tuvo un sueño creador, de un mundo que fuese casa para todos, mesa común de hermanos bajo la mirada amante de un Padre-Madre común. Tal vez por eso, la autora quiere hacer algo más que poner música a los deseos y destina una parte de las ganancias del disco a colaborar con los proyectos solidarios de la Fundación PROACIS, una ONG de las Esclavas del Sagrado Corazón.

Un reto para la pastoral del deseo

En definitiva, estamos ante un buen trabajo musical y, sobre todo, ante un instrumento de gran utilidad para la acción pastoral. Agradecemos a Maite su esfuerzo y su apuesta. *Deseos* será sin duda un CD que ayudará a muchos creyentes a poner palabras, voz y música a sus propias experiencias, pero no menos podría ser un medio precioso para explorar el papel que *el deseo* puede desempeñar en nuestra vida como creyentes, en el modo de presentar y transmitir la fe, y en la tarea de vitalizarla. Como la propia autora decía, «*los deseos mueven el mundo; y si no tienes deseos, estás muertos*». Por eso hay *deseos* por los que uno puede estar dispuesto a morir... para darles vida (Jn 10,10).

Nurya Martínez-Gayol, ACI